

Llegamos a Castilla y León alrededor de las diez. Habíamos dejado Burgos atrás hacía unos veinte minutos; debíamos de llevar un total de tres horas de viaje. Si no surgía ningún imprevisto, pronto alcanzaríamos el pueblo.

Teníamos las ventanillas del coche subidas. Sin embargo, hacía frío, mucho frío. Todo mi cuerpo temblaba desde que salimos de la autopista. La oscuridad parecía ser el canal; se filtraba por la débil luz de los faros y me hacía titiritar, mientras forjaba en mí sique la presencia de aquel ser incorpóreo. Tal vez la noche fuese su puerta, y yo su llamada. Trataba a momentos de conciliar el sueño, desconectar de todo lo vivido, pero la sola idea de volver a sentir aquel ser dentro de mí me aterraba y me mantenía en vilo. "Gurnick, Gurnick", decía cada dos por tres su mefistofélica voz, que la escuchaba sin necesidad de oírla. Incluso me parecía ver su sombra en todas las hileras de encinares y enebros, negras siluetas alzándose más allá de la cuneta. "Luz, por favor...", me dije a mí mismo. "Un poco de luz".

—Y tú querías ir solo... —dijo Jaime sin despegar su mirada de la calzada, a quien veía como una fotografía antigua, llena de vapor de agua difuminándose por los vértices de mi campo de visión. Su voz no se quedaba atrás: la escuchaba lejana, distante, reverberante—. Serás cabrito... Cada minuto que pasa estás peor... Sin mí, ahora estarías muerto, mamón... Te habrían encontrado empotrado contra un árbol, o vete tú a saber.

No le contesté, pero no porque no quisiese, es que no podía. El frío me había entumecido los labios y me costaba tragar saliva. Le respondí con una mueca, una catadura que no expresaba nada.

—No te esfuerces, a ver si te va a dar algo —añadió—. Trata de descansar. Llegaremos en unos diez o quince minutos.

Y eso fue lo último que escuché.

Abrí los ojos y vi el resplandor de unas farolas. Esa luz me cegaba, pero a la par me hacía sentir mejor. La desrealización menguó y mis sentidos eliminaron todo rastro de vapor espectral y sonido distante. "Gracias a Dios", pensé. Fruncí el ceño y miré en derredor. Tanto las casas como las calles colindantes también estaban iluminadas por el mismo fulgor anaranjado. Sin embargo, no había ni un alma en ellas. A pesar de que la tormenta no había llegado, la escasez de vida parecía presagiar que los lugareños aguardaban la llegada de la lluvia, tal vez para empapar sus cultivos y limpiar sus reses. Pero nada más lejos de la realidad. Santiago de Garoña siempre fue un pueblo muy tranquilo, como la mayoría de pequeñas aldeas de la meseta castellana. El arribo del crepúsculo convertía estos lugares en zonas de apariencia inhabitada, donde andar por sus calles se convertía en una experiencia de paz difícil de describir. Para más agravio, hoy viernes —y a esta hora—, la juventud estaría de fiesta por Burgos, y los adultos en su casa o en el bar bebiendo su primera —o última— copa de tinto leonés.

No obstante, y de vez en cuando, alguien se dejaba ver por la calle, y algún que otro anciano miraba por el ventanuco de su vivienda. Era raro recibir visitas, pero más raro aún recibirlas a estas horas.

Bajé un poco la ventanilla. Necesitaba sentir de cerca el aroma de las pequeñas formaciones boscosas, aquéllas en las que Elena y yo jugábamos de pequeños; inhalar el agradable olor de la resina, una mezcla entre vainilla y canela que tanto me embriagó de niño. En esta época, varias regiones del Valle de Tobalina deberían de estar en contraste con la arenisca, mostrando su verde vivo, esplendoroso.

Algo recobrado, aunque deshecho y con ganas de coger una cama (iluminada, eso sí), llevé a Jaime, tras aparcar el coche en la Plaza Mayor, al Hostal Frías. Allí pasaríamos la noche. Antes de entrar en el inmueble, planeé una parte de lo que haría la mañana siguiente: me acercaría a casa del hijo menor de la familia Santamaría, que vivía en el pueblo a pesar de no residir en su morada de toda la vida, e intentaría sacarle algo de información acerca de las ruinas que había delante de su antigua casa. No sería difícil encontrar al hombre y poder hablar con él, pues Elena, la última vez que quedé con ella y que me pidió que no regresara, me habló de su nueva ubicación, algo que venía junto con un nuevo cotilleo del pueblo. Se rumoreaba que Juan, que así se llamaba, pasó por serios problemas económicos debido a apuestas, tráfico de drogas y demás quehaceres perniciosos, y que huyó de Burgos para volver aquí y enterrar toda la majada posible. Se instaló en una chabola de mala muerte y continuó su vida al margen de todos. Pero, y por lo que sé, nunca se supo la verdad de su exilio.

El vestíbulo del hostel olía a incienso y la iluminación era escasa; sólo una pequeña lámpara de escritorio situada encima de la barra de recepción, junto con otra colgante que daba al centro de la sala, dotaban al lugar de unos mínimos lumínicos para devorar la oscuridad. Desde una zona penumbrosa que parecía ser la trastienda, el supuesto hospedero, un anciano que cojeaba de una pierna y que no supe reconocer en ningún momento, se nos acercó y, sin decir nada, esperó con impaciencia nuestra intervención. Acto seguido, y percibiendo en él esa peculiar inquina, pedimos el precio por dos habitaciones.

—Son diez euros por noche, no se incluye el desayuno... Todo en efectivo.

—Ningún problema —dijo Jaime echando mano de su cartera. Sin embargo, yo no pude responder ni coger mi billetera. La débil luz de aquel antro volvió a provocarme un malestar parecido al del coche. Jaime, que se dio cuenta enseguida, hizo un ademán para detener mi acción y pagó mi parte. Le di un golpecito en la cintura como muestra de mi gratitud.

El hombre sacó dos llaves de un cajón y las dejó encima de la barra.

—Habitación número ocho y nueve, arriba y al fondo a la derecha... A las diez en pie para desalojarla... Y nada de ruidos.

—¿A las diez? Normalmente es a las doce.

—Aquí no —respondió el huraño hospedero—. A las diez.

En cierto modo este dato nos daba igual, pues nosotros nos marcharíamos antes, pero la actitud del tipo nos molestó de mala manera. Aunque, por supuesto, apechugamos. Era el único hostel del pueblo y no teníamos intención alguna de dormir en el coche.

—Joder con la peña de este lugar —dijo Jaime entre susurros mientras subíamos las añosas escaleras de madera, que crujían a cada paso que dábamos. (Él me ayudó asiéndome de un brazo)—. No me extraña que vuestros amigos fueran niños raritos... A

lo mejor éste es el tal Gurnick, pero un pelín más mayor... Sólo le falta ladear la cabeza, ¿no crees?

—Anda... tira —respondí riéndome entre dientes, aunque dolorido y con el latoso frío correteando por mis huesos.

Aquella noche traté de dormir con la ropa puesta y hecho un ovillo. Me acerqué la bombilla de la mesita a mi cara, la encendí y la mantuve así hasta sentir su fulgor quemándome el rostro. Conciliar el sueño resultó ser una tarea titánica, aun y estando del todo exhausto. El miedo se apoderaba de mí, el frío se acuciaba por momentos y un halo espectral parecía buscarme por entre las sombras. Notaba también el aliento de las tinieblas en mis pies y de cómo intentaba inducirme aquella gangrena fantasmal. Aunque en el piso de Jaime de nada me sirvió la intensa luz de los ojos de buey, quería creer que la vetusta lámpara de la habitación haría desaparecer a los fantasmas. Si era necesario, incluso estaba dispuesto a sentir la sangre de las quemaduras escurrirse por mi cara.

Todo había ido a peor, sin duda. En mi habitación, una noche antes, hubiera bastado con encender mi lamparita roja *Good Year*. Pero ahora, ni mil fluorescentes me servían para ahuyentar a la oscuridad. Desazonado, sólo esperaba con ansia el momento en que me engulliría. Y no parecía estar lejos.

Silencio.

Nada de sueños, nada de ansiedad.

A la mañana siguiente me desperté oliendo a quemado. La lámpara, que colgaba del colchón y que aún permanecía encendida, había quemado el lateral del cobertor, dejando una marca circular entre carbón oscuro y amarillo chillón. La cogí por el mango y la dejé de nuevo en la mesita. "Jódete", me dije pensando en el hospedero. Acto seguido me levanté con plenas energías, me lavé la cara y me dirigí a la habitación de Jaime. Entre paso y paso, me di cuenta de que algo extraño ocurría: había tenido uno de los mejores sueños reparadores de mi vida. Y esa idea, por extraña que pareciese, me aterró.